

Un imperio en llamas

Atilio A. Boron*

* *Profesor Titular de Teoría Política y Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, Argentina. Secretario Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)*

El Foro Social Mundial que se celebra en Caracas tiene lugar en un contexto signado por muy evidentes síntomas de descomposición de la administración republicana de George W. Bush. El riguroso abordaje de esta cuestión es de vital importancia para todas las fuerzas sociales, cualesquiera sea su formato organizativo, interesadas en cambiar un mundo que los delirios imperiales de la élite norteamericana, unidos a la rapacidad infinita de las grandes transnacionales, han convertido en un verdadero infierno. De ahí la importancia de examinar en profundidad la fisonomía actual del imperialismo, sus fortalecidos mecanismos de dominación, y la multiplicación de sus dispositivos de manipulación y control ideológico y político. Contrariamente a lo que muchas veces se piensa en el ámbito de la izquierda, muy a menudo sometida todavía al talante pesimista prevaleciente en los años noventa, el debate sobre el tema ha registrado considerables progresos¹.

Empantanados en Irak

Tal como se señalara reiteradamente, Irak se ha convertido en un proceloso pantano en el cual se está hundiendo, lenta pero irreversiblemente, la Casa Blanca. Nada más elocuente de este ominoso renacimiento del “síndrome de Vietnam” que la más reciente invención de los publicistas republicanos: la “estrategia de la victoria”, pomposamente anunciada por Washington a mediados de noviembre pasado. Para todo buen entendedor, la misma no es otra cosa que un burdo proyecto concebido para engañar al electorado, pretendiendo convencerlo de que la deshonrosa retirada en ciernes es la confirmación de la gloriosa victoria que el “cristiano renacido” Bush anunciara, luciendo un atuendo de la fuerza aérea de su país, en un portaviones estacionado en la bahía de San Diego pocos meses después de concretada la ocupación militar de Irak. Que lo anterior no es una afirmación temeraria de un marxista empedernido en negar una realidad desagradable lo prueba el hecho de que es el propio George Soros, uno de los más lúcidos personajes de la clase dominante mundial, quien sostiene que la invasión a Irak fue una “peligrosa aberración” que, si no se corrige a tiempo, conducirá a una “derrota catastrófica, similar a la que tuviera lugar en Vietnam” (Soros, 2004: 187-189). En una interpretación más amplia de la así llamada “supremacía norteamericana”, Soros sugiere que la doctrina estratégica adoptada por la Casa Blanca después del 11 de septiembre –guerra preventiva y sus correlatos, militarismo desenfrenado, criminalización del disenso y la protesta social dentro y fuera de Estados Unidos, la “mentira” como principio de la gestión de la cosa pública– ha desencadenado una reacción internacional que ha llevado el anti-norteamericanismo a niveles sin precedentes no sólo en Irak sino en todo el mundo (2004: 188).

El año 2004 parecería haber propinado un amargo despertar a los ideólogos del imperio, los halcones neoconservadores que como nunca antes en la historia norteamericana han tomado por asalto las más altas posiciones del aparato estatal. El itinerario de sus derrotas en un solo año es impresionante: aparte del revés sufrido en Irak a manos de una resistencia popular de inesperado vigor, hay que contar graves derrotas en el campo diplomático. La ronda de Doha pese al precario equilibrio logrado en Hong Kong seguirá siendo fuente de múltiples protestas y conflictos en todo el mundo, con lo cual los planes de instaurar y constitucionalizar un “neoliberalismo” global bajo la dirección del FMI, la OMC y el BM tropezarán con nuevos y más enconados obstáculos. En el plano hemisférico, Washington cosechó este año dos sonoros fracasos: la designación en la OEA de un candidato en principio inaceptable, apoyado por los países del MERCOSUR y Venezuela, y que se impuso ante las diversas candidaturas que ensayó sin éxito la secretaria de Estado Condoleezza Rice; y por otra parte, la más sonora derrota experimentada en la IV Cumbre de Presidentes de las Américas en Mar del Plata, Argentina, en donde las expectativas de reanimar al desfalleciente ALCA parecen haber sido sepultadas definitivamente. En el esce-

“En el plano hemisférico, Washington cosechó este año dos sonoros fracasos: la designación en la OEA de un candidato en principio inaceptable, apoyado por los países del MERCOSUR y Venezuela, y que se impuso ante las diversas candidaturas que ensayó sin éxito la secretaria de Estado Condoleezza Rice; y por otra parte, la más sonora derrota experimentada en la IV Cumbre de Presidentes de las Américas en Mar del Plata, Argentina”

nario global, la diplomacia norteamericana tuvo que admitir una vez más su tremenda soledad cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas volvió a manifestarse en contra del bloqueo a Cuba de manera casi unánime –182 votos contra 4– siendo Estados Unidos acompañado tan sólo por su sumiso cancerbero en Medio Oriente, Israel, y un par de pequeñas islas de la Polinesia de las que sólo se sabe su absoluta irrelevancia en el tablero de la política mundial. Y en el marco de la XXXIII Conferencia General de la UNESCO, la propuesta estadounidense de mercantilizar por completo los llamados “bienes culturales” y acabar con la protección y promoción de la diversidad cultural fue derrotada de forma abrumadora (Cassen, 2005: 12)². Lo anterior confirma en los hechos, por enésima vez, la decadencia hegemónica del imperio que, para sostenerse en el pináculo del sistema internacional, parece disponer tan sólo de dos recursos: la aplastante capacidad destructiva de sus fuerzas armadas (incapaces pese a ello de lograr victorias decisivas en países ya destruidos como Afganistán e Irak) y el incuestionable predominio de los intereses norteamericanos en el sistema financiero internacional.

La política nacional

En el plano doméstico, las encuestas demuestran una vertiginosa pérdida de popularidad de Bush en los primeros tramos de su complicadísimo segundo mandato presidencial. Las últimas encuestas de opinión pública que califican el grado de aceptación del desempeño presidencial muestran niveles de aprobación que oscilan entre el 36 y el 40%, mientras que la desaprobación ha tocado por primera vez el techo del 60% en la encuesta realizada por CNN-USA Today-Gallup a mediados de noviembre de 2005, al paso que la media de las más de diez encuestadoras ubica la desaprobación de la gestión de Bush en torno al 55%, contra cifras cercanas al 15-20% a inicios de su mandato³. La cada vez más evidente derrota de las ambiciones norteamericanas en la guerra en Irak, unida al fenomenal fiasco puesto en evidencia por los huracanes



© Patricio Realpe

que azotaron la zona del Golfo de México (ocasionando desastres sin precedentes en una población indefensa y frente a la cual el estado neoliberal carecía de políticas, recursos económicos y personal para enfrentar la tragedia) contribuyeron al rápido deterioro de la imagen presidencial y al debilitamiento de su capacidad efectiva de maniobra tanto en el plano nacional como internacional.

No sorprende en consecuencia que, tal como lo demuestran las encuestas de opinión, en el terreno doméstico la oposición a las políticas neoliberales de Bush registre un *crescendo* que trasciende el plano de las meras opiniones. Tal como lo observa Cassen en numerosas ciudades y estados de la Unión Americana, las presiones populares han obtenido de las autoridades locales y estatales el restablecimiento de ciertas medidas de política económica tendientes a poner fin a las relocalizaciones industriales y a reafirmar las preferencias a favor de las firmas locales en las licitaciones gubernamentales. Todo esto a pesar de la feroz ofensiva desencadenada sobre el movimiento obrero norteamericano desde los tiempos de Ronald Reagan, que lo condujera a un radical debilitamiento y su práctica desaparición como actor político organizado. No obstante, el

nuevo clima que se instala “por debajo” del frágil consenso establecido en el tenebroso “eje del mal” que liga a New York/Wall Street con Washington/la Casa Blanca –y que los grandes medios exaltan sin desmayos, ocultando lo que se agita en el propio subsuelo del centro imperialista– hace que entre enero de 2003 y junio de 2005 nada menos que 46 legislaturas de los cincuenta estados que constituyen la Unión hayan analizado “por lo menos un proyecto de ley anti-deslocalización” que contemplaba serias medidas tendientes a limitar, o a revertir, los efectos de las políticas neoliberales. En 11 estados se adoptaron definitivamente políticas en esa dirección, al paso que siete gobernadores sancionaron 9 decretos que van en la misma dirección (Cassen, 2005: 13).

El deterioro de los niveles de vida de gran parte de la sociedad norteamericana, sobre todo a partir de la recomposición neoconservadora del capitalismo y la puesta en marcha del NAFTA en 1994, ha coagulado una situación social signada por la mayor desigualdad de ingresos y rentas en el mundo industrializado. Son numerosos los datos que ilustran esta involución y la creciente inseguridad económica que afecta a las otrora sólidas capas medias de la sociedad norteamericana. El coeficiente Gini, que mide la desigualdad en la distribución de los ingresos, refleja, según datos comparativos compilados por la propia CIA con base en informaciones oficiales, la preocupante situación de Estados Unidos. Mientras que en Japón, Suecia y Dinamarca ese índice es de 0.25, 0.26 en Noruega, 0.29 en Bélgica y 0.30 en Alemania, en Estados Unidos alcanza la cifra “tercermundista” de 0.45, exactamente igual a la que registra Bolivia, veinte puntos por encima de Japón y Dinamarca y apenas 16 por debajo del campeón mundial en la regresividad distributiva, Brasil, con un índice de 0.61, seguido de cerca por el “milagro neoliberal” latinoamericano, Chile, con 0.57. Su coeficiente Gini hace que Estados Unidos aparezca con un perfil distributivo equivalente al de un conjunto de países entre los cuales sobresalen su vecino y socio del NAFTA, México, con un coeficiente de 0.53, y otras naciones tradicionalmente condenadas por la pobreza y la injusticia social, como Filipinas, Perú, Mongolia, República Dominicana, Burundi y Kenia⁴. Téngase en cuenta además que, tal como lo señala un reciente trabajo, la línea oficial de pobreza equivale a un tercio de la canasta básica de alimentos calculada por el Departamento de Agricultura, un standard de consumo extraordinariamente frugal para una sociedad como la norteamericana. En 2002 había 34.600.000 personas viviendo bajo la línea de la pobreza, es decir, el 12,1% de la población total. Si esta cifra se desagregara según criterios étnicos, los afro-americanos registraban una proporción de pobres equivalente al 24%, mientras que los “hispanos” se situaban en casi el 22%. Estas cifras adquieren ribetes escandalosos cuando se las compara con el crecimiento que la economía norteamericana ha evidenciado en los últimos años y, más aún, con la riqueza general de ese país. Un cálculo más estricto de la pobreza: la que surge del recuento del número de personas que se ubican por debajo del ingreso mediano del país elevaría el número de pobres estadounidenses a más de 45 millones de personas, equivalente al 17% de la población total⁵.

Para concluir con este deprimente panorama social, conviene recordar que los salarios reales de los trabajadores norteamericanos –uno de los poquísimos sectores en los cuales ha sobrevivido un sindicalismo dotado de cierta capacidad reivindicativa en materia salarial– cayeron alrededor del 20% en las dos últimas décadas del siglo pasado, a la vez que se producía un aumento de aproximadamente 10% en la duración de la jornada de trabajo. Sobre la base de estos datos Alan Woods concluye que en Estados Unidos la jornada semanal media se está aproximando a un récord histórico de 42 horas, incluyendo 4,6 horas semanales de horas extras (Woods, 1998: 7-8). En suma: precarización laboral, caída del salario real y descuidadización social son los signos distintivos de la fase actual del capitalismo norteamericano. No obstante, esta sorda inconformidad social todavía no encuentra su expresión en el plano político, pero sus efectos –difusos, dispersos, moleculares– ya comienzan a sentirse.

La oposición a la guerra en Irak ha sido otra fuente que ha venido debilitando progresivamente a la administración republicana. Noam Chomsky ha llamado la atención sobre el carácter temprano y masivo de este proceso cuando se lo compara con la demorada reacción de la opinión pública norteamericana ante la escalada militar que se produjo en ocasión de la guerra de Vietnam y que sólo adquirió fuerza varios años después de iniciados los bombardeos masivos sobre ese país. Pese a todas las artimañas empleadas por la Casa Blanca para ocultar las muertes producidas entre propios y ajenos en Irak (entre las cuales sobresale el escandaloso control de la prensa y los medios de comunicación, que sólo pueden difundir las versiones y las imágenes “oficialmente” aceptadas por el Pentágono), los acontecimientos de los últimos meses, especialmente a partir de las iniciativas tomadas por Cindy Seehan –cuyo hijo pereciera en Irak– reanimaron la oposición a la guerra y precipitaron una vigorosa movilización social cuyos ecos ya resuenan con fuerza en la misma Cámara de Representantes del Congreso de los Estados Unidos, donde antiguos miembros de las fuerzas armadas estadounidenses exigieron el inmediato regreso de las tropas y el fin de la ocupación de Irak. La famosa “estrategia para la victoria” pergeñada hace pocas semanas en Washington es, como decíamos más arriba, la titubeante respuesta gubernamental de un gobierno que los avatares de la guerra y la ferocidad de los huracanes desprestigliaron casi irreparablemente.

Resistencias latinoamericanas

Por supuesto, detrás de este rosario de derrotas se encuentra la resistencia popular al neoliberalismo en diversos rincones del planeta. Y América Latina ocupa un lugar prominente como uno de los centros más activos y movilizados en estas luchas. La proximidad con la “Roma americana”, para utilizar la feliz expresión de José Martí, y la hipersensibilidad de Washington ante cualquier proceso social o político que ponga en cuestión el sta-

“El ALCA [...] visto en perspectiva histórica, aparece como la culminación de un secular proyecto de dominación continental, la realización práctica de las ideas forjadas en 1823 (¡un año antes de la batalla de Ayacucho, que puso fin al proceso emancipador en Sudamérica!) por quien fuera el quinto presidente de Estados Unidos, James Monroe, y sintetizadas en la doctrina que lleva su nombre”

tus quo unido a la radicalidad de los experimentos neoliberales en la región, han precipitado la constitución de un multifacético frente opositor a las políticas impulsadas por Washington encaminadas a consagrar, con la firma del ALCA, el carácter irreversible de las reaccionarias transformaciones económicas y sociales acaecidas en el último cuarto de siglo. La lucha contra ese tratado es, en consecuencia, la arena principal en la que hoy se libra la batalla contra el imperialismo en América Latina.

Pese a que se lo intente presentar como un benéfico y virtuoso esquema de integración comercial, el ALCA es mucho más que eso. Visto en perspectiva histórica, aparece como la culminación de un secular proyecto de dominación continental, la realización práctica de las ideas forjadas en 1823 (¡un año antes de la batalla de Ayacucho, que puso fin al proceso emancipador en Sudamérica!) por quien fuera el quinto presidente de Estados Unidos, James Monroe, y sintetizadas en la doctrina que lleva su nombre. El ALCA sería entonces la concreción final de dicho proyecto, oculto bajo los mantos engañosos de una simple integración comercial. Una breve enumeración de los borradores de este tratado, que no por casualidad han sido discutidos en secreto y más allá de todo escrutinio público, contendría los siguientes elementos:

a) La completa liberalización del comercio y los servicios, incluyendo bajo esta categoría la educación, la salud y la previsión social, que serían completamente mercantilizadas, cayendo en poco tiempo bajo el control de los grandes oligopolios norteamericanos. Los gobiernos de la región carecerían de instrumentos de política pública para incidir sobre estas áreas.

b) Garantizar la más irrestricta libertad para los inversionistas externos, cuidándose los gobiernos anfitriones de interponer limitaciones de cualquier tipo a sus actividades, a sus estrategias de inversión y a sus decisiones en materia de remesas de utilidades a sus casas matrices.

c) Abrir por completo el mercado de los contratos gubernamentales, tanto a nivel nacional como provincial y municipal, a los efectos de facilitar la participación de cualquier empresa nacional o extranjera. De este modo se destruye una importantísima arma de la política económica: la utilización del poder de compra del estado.

d) Eliminación unilateral y completa de todas las restricciones al comercio, poniendo fin a las prácticas proteccionistas de carácter arancelario o no arancelario por igual, como por ejemplo normas relativas a la salud pública o de preservación del medio ambiente.

e) Supresión de los subsidios a la exportación de productos agropecuarios así como de cualquier instrumento susceptible de ser utilizado para entorpecer el flujo comercial en este terreno.

f) Garantizar el más estricto respeto a los derechos de propiedad intelectual, lo que en la práctica significa aceptar la apropiación de los bienes de la naturaleza por empresas oligopólicas dotadas de enormes recursos tecnológicos que les permitirán patentar plantas, animales y semillas.

g) Asegurar que los gobiernos firmantes del acuerdo se abstendrán de promover prácticas comerciales anti-competitivas, como por ejemplo la preservación de empresas estatales monopólicas en sectores claves de la economía.

h) Al igual que se estipula en el por ahora abortado Acuerdo Multilateral de Inversiones, cualquier disputa entre los países del ALCA o entre estos y las empresas transnacionales deberá ser dirimida ante tribunales especiales de mediación, poniendo fin de este modo a cualquier arresto de soberanía nacional en cuestiones centrales para la vida económica y social de nuestros países.

Esta breve enumeración es suficiente para comprender los alcances del amplísimo abanico de sectores sociales y agentes económicos cuyas chances de vida e intereses se verían irreparablemente dañadas por el ALCA. Fue Henry Kissinger quien manifestó su asombro ante la resistencia al ALCA en nuestros países habida cuenta de los espléndidos resultados que este modelo de relacionamiento había tenido en el caso del NAFTA. Para el ex secretario de Estado, y uno de los mayores criminales de guerra del mundo, la destrucción de gran parte de la agricultura mexicana, el estancamiento económico del país, y el perverso intercambio comercial instituido a partir de la firma del TLC —donde México importa maíz y frijoles subsidiados por Estados Unidos y exporta medio millón de campesinos por año— serían indicadores más que convincentes del éxito del proceso de integración que nos espera.



© Clara Algranati

En una audiencia ante el Subcomité de Comercio del Congreso de los Estados Unidos, el economista Jeffrey J. Schott, del Institute for International Economics, aseguraba a los congresistas que las negociaciones del ALCA no requerían de ningún cambio sustancial en las leyes o prácticas comerciales norteamericanas, mientras que los nuevos socios tendrán que ajustar las suyas a las normas prevalecientes en Estados Unidos. Los latinoamericanos no tendrían otra opción que admitir esta "liberalización asimétrica", porque de lo contrario no podrían competir en los mercados mundiales. Para Washington, el ALCA sería el modo más idóneo de coagular las reformas económicas producidas en la región en los años noventa a través de la introducción de renovadas obligaciones internacionales que incrementarían enormemente los costos de cualquier tentativa de revisar lo actuado y desandar el camino de las reformas neoliberales (Schott, 1997). Dicho sin eufemismos diplomáticos y para resumir, el ALCA equivale a la legalización e institucionalización del pillaje colonial vehiculizado por las políticas del Consenso de Washington que los pueblos de la región han padecido por décadas. Su imposición significaría la silenciosa anexión de nuestros países a Estados Unidos, liquidando definitivamente cualquier pretensión de soberanía y autonomía nacionales y vaciando de contenido nuestros frágiles, incompletos y precarios procesos de reconstrucción democrática.

[AÑO VI N° 18 SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 2005]

El imperialismo hoy: dominación sin hegemonía

Luego de pasar revista a este cuadro global y hemisférico, es preciso volver a nuestro punto de partida: el imperialismo y su correcta caracterización en la fase actual. Sin una adecuada identificación de sus rasgos definitorios, todo esfuerzo por derrotarlo será en vano, dado que no se puede vencer a un enemigo que se desconoce. Dada las restricciones de este trabajo, nos limitaremos a enumerar algunos de los más importantes.

a) *Centralización*. El imperialismo contemporáneo es una estructura altamente centralizada. A diferencia de lo que acontecía en la primera mitad del siglo XX —en la cual había varias potencias imperialistas que competían entre sí, llevando este enfrentamiento al terreno militar, como lo prueban la Primera y Segunda Guerra Mundial—, a partir de la recomposición capitalista de los años sesenta y el auge de los procesos de descolonización se produjo una reconfiguración de la estructura imperialista mundial cuyo resultado más visible fue la aparición de un centro hegemónico indiscutido: Estados Unidos. Este viene a cumplir, en el ámbito del capitalismo internacional, el mismo papel que en el plano nacional desempeñan los estados según la concepción clásica de Marx: ser el “capitalista colectivo ideal”, capaz de velar por los intereses generales del capital y garantizar la reproducción ampliada del sistema, pero siempre favoreciendo con su gestión a la fracción hegemónica de la coalición. Es a ella a quien le corresponde ejercer la función de “dirección” sobre el conjunto de clases y capas sociales aliadas, en la metrópolis como en los destacamentos imperiales situados en la periferia. Dicha tarea recae en los grandes oligopolios norteamericanos que prevalecen en el sistema financiero internacional, y en el puñado de sectores industriales que, liderados por las grandes petroleras, articulan lo que precozmente describiera el ex presidente Dwight Eisenhower como el “complejo militar-industrial”. Tal como lo demuestran irrefutablemente diversos estudios, el estado norteamericano juega por eso mismo un papel indispensable e irremplazable: sin su mediación —económica, ideológico-política y militar— el sistema imperialista mundial caería como un castillo de arena (Meiksins Wood, 2001; 2003: 137-142). Ni el Reino Unido ni Francia —para no hablar de Alemania o Japón— están siquiera remotamente en condiciones de garantizar su funcionamiento. En ese sentido, el “unilateralismo” de la Casa Blanca no sólo refleja el absoluto desprecio de sus ocupantes por la legislación internacional y el orden mundial instituido con la creación de las Naciones Unidas, sino una situación de hecho que prevalece en el cada vez más hobbesiano escenario internacional. Situación que, digámoslo de una vez, algunos países del capitalismo desarrollado no estarían en condiciones de remediar pero sí al menos de atenuar. Pero más allá de cualquier alusión que pudiera hacerse al “imperialismo colectivo” de Estados Unidos, Europa y Japón, lo cierto es que los últimos son dóciles furgones de cola de la burguesía dominante en el plano internacional. La historia reciente ha dado sobradas pruebas de que tanto una como el otro están dispuestos a arrojar por la borda su identi-

dad, sus valores y gran parte de sus propios intereses con tal de conservar la supuesta “seguridad” que les brinda el Leviatán norteamericano, pese a las sobrias lecciones que al respecto deberían derivarse de los acontecimientos del 11-S. No obstante, su indigna complicidad con las criminales aventuras belicistas de Estados Unidos en Afganistán e Irak, su connivencia con la intervención en la ex Yugoslavia, y su apoyo a la funesta doctrina de la “guerra preventiva”, el bloqueo y agresión a Cuba y la campaña en contra de Venezuela, demuestran que tanto Europa como Japón parecen haberse resignado a jugar el deshonroso papel que Washington les ha reservado y a afrontar las consecuencias de una tal opción.

b) *Militarización*. Tal como se planteaba en las discusiones del marxismo clásico de comienzos del siglo XX, el imperialismo siempre estuvo asociado al militarismo. Pero en las últimas décadas, a medida que el sistema era atravesado por crecientes fracturas y una oposición cada vez más sostenida, la militarización del imperialismo sobrepasó los cálculos más pesimistas. Tal como lo señala uno de sus más agudos estudiosos, Chalmers Johnson, el imperio norteamericano despliega “más de medio millón de soldados, espías, técnicos, instructores [...] y contratistas civiles [...] y cerca de una docena de fuerzas de despliegue rápido en todos los mares y océanos del planeta”. Además, continúa nuestro autor, tiene 725 bases oficialmente reconocidas (¡y unas cuantas mantenidas en el más absoluto secreto!) en 38 países diseminados por los cinco continentes, y misiones militares en otros 115 países (Johnson, 2004: 154-155; 188). Es por eso que, según este autor, más que la gran empresa transnacional, lo que define al imperialismo contemporáneo es la presencia de una opresiva maquinaria militar que ha penetrado en todas las instituciones de la vida norteamericana y que no ha detenido su marcha ni siquiera en el terreno, supuestamente más alejado, de los valores. De ahí la proliferación de fabricaciones retóricas como la “guerra humanitaria”, verdadero oxímoron que pretende cubrir con un manto piadoso las guerras de rapiña del imperialismo; o la militarización, también señalada por Johnson, de la vida pública norteamericana. Esta queda de manifiesto en la emergencia y glorificación de un sobredimensionado establishment militar que hasta la Segunda Guerra Mundial era pequeño y muy sometido a la supremacía civil; en la promiscua circulación e intercambio existente entre funcionarios y gobernantes y los gerentes de las grandes empresas asociadas al complejo militar-industrial; en la importancia adquirida por la fabricación y la venta de armas y, *last but not least*, en el hecho de que hoy por hoy es el Pentágono y no el Departamento de Estado quien elabora la política exterior de Estados Unidos. Condoleezza Rice, como antes Colin Powell, ejerce una función decorativa y como máximo se limita a hablar. Los verdaderos “hacedores” de la política norteamericana están en otro lado: en el Pentágono y en la oficina del vicepresidente Richard Cheney. El propio George W. Bush no escapa a la categoría ornamental de su Secretaría de Estado. El resultado de esta virulenta militarización no podía haber sido otro que la peligrosa exacerbación de los conflictos y tensiones que

afectan al sistema internacional y, en el caso de América Latina, la redoblada presión sobre Cuba y Venezuela y, más difusamente, sobre el resto de los países de la región. La “guerra infinita” es el corolario lógico de la decadencia de la vida pública norteamericana y el consiguiente auge del militarismo.

c) *Financiarización*. El imperialismo contemporáneo es antes que nada un capitalismo financiero. Esto significa que la pugna hegemónica entablada en su seno en los años setenta se resolvió a favor de las fracciones financieras y en detrimento de las directamente involucradas en los procesos productivos. Como lo recuerda uno de sus mayores estudiosos, François Chesnais, esta fracción se caracteriza tanto por sus prioridades y estrategias de acumulación como por su visión del mundo, y ambas han pasado a determinar el comportamiento del capital en su conjunto (Chesnais, 2005a: 20-21; 2005b: 35-67). Tal como lo demuestra en sus escritos, este capital se reproduce principalmente mediante la generación de ganancias en el interior de la esfera financiera: “intereses provenientes de empréstitos, beneficios y otras compensaciones generadas por las acciones de distintas sociedades, y el lucro producido por exitosas operaciones especulativas” (Chesnais, 2005a: 20). Esta fracción del capital opera en mercados financieros organizados a escala mundial y completamente desacoplados de los movimientos de los sistemas económicos nacionales. La desregulación y liberalización de la cuenta de capitales erosionó las capacidades de regulación y control de los estados nacionales, y al mismo tiempo borró los límites entre lo que Chesnais llama el “capitalismo legal” y el “mafioso”. De ahí que la contraparte necesaria de los mercados financieros mundializados sean estados nacionales con disminuidas capacidades de intervención, sobre todo en la periferia, y una red de territorios sólo formalmente soberanos y que se reconfiguran como “paraísos fiscales” en los cuales se pueden evadir “legalmente” los impuestos y las restricciones existentes en las metrópolis, y dar inicio a las operaciones de lavado de dinero –procedente del narcotráfico,

“Lo que define al imperialismo contemporáneo es la presencia de una opresiva maquinaria militar que ha penetrado en todas las instituciones de la vida norteamericana y que no ha detenido su marcha ni siquiera en el terreno, supuestamente más alejado, de los valores. De ahí la proliferación de fabricaciones retóricas como la ‘guerra humanitaria’, verdadero oxímoron que pretende cubrir con un manto piadoso las guerras de rapiña del imperialismo”

el comercio ilegal de armas, el contrabando de órganos humanos y el tráfico de personas— indispensables para la reintroducción de esas enormes masas de capital dinerario en los circuitos bancarios “legales”. Todo esto, naturalmente, es posible gracias a la activa complicidad y aquiescencia de los gobernantes de las “democracias capitalistas” y sus instituciones. Conviene no olvidar, asimismo, que este irresistible ascenso del capital financiero dio lugar no sólo a nuevas estrategias de acumulación sino también a renovadas formas de organización empresarial y a un nuevo tipo de gerente capitalista, probablemente en las antípodas del tipo de empresario schumpeteriano personificado en la figura de Henry Ford y glorificado en los clásicos textos de Max Weber sobre el espíritu capitalista: un apostador irresponsable, dispendioso y carente de escrúpulos morales, que vive fastuosamente y para quien el ascetismo y la austeridad del idealizado empresario weberiano constituyen un mayúsculo sinsentido.

Las consecuencias de esta verdadera tiranía del capital financiero y su instalación en los puestos de comando del proceso de acumulación son múltiples y no las podemos examinar aquí (Boron, 2001: 41-43). Baste con decir que a partir del desplazamiento hegemónico al interior del bloque de poder capitalista, la riqueza creada en los procesos productivos es distribuida y asignada en función de los criterios y parámetros establecidos por la esfera financiera y no por los que se derivan de la producción de bienes y servicios, y mucho menos de las necesidades objetivas de la población. De ahí su carácter extraordinariamente parasitario y rentístico, lo que le ha valido inclusive por parte de algunos pensadores “burgueses” apelativos tan poco honorables como “capitalismo de casino” (Susan Strange), o, como en el caso de Peter Drucker, una condena categórica por ser un capital que con su absoluta movilidad no financia absolutamente nada ni desempeña ninguna función positiva en la marcha de la economía, lo cual explica su llamativa irracionalidad y la peculiar “racionalidad” de sus estrategias empresariales. Las extravagantes tasas de interés percibidas por el capital financiero unidas al frenético horizonte temporal en el cual se esperan obtener superganancias (¡90% de las colocaciones en operaciones de compra-venta de divisas se concretan a un plazo de siete días o menos!) tienen efectos profundamente recesivos sobre el conjunto de la economía, y a la vez predatorios y expoliadores. Todo lo cual, a su vez, retroalimenta el círculo vicioso de profundización de las relaciones imperialistas de dominación, militarización de la vida internacional y criminalización de la protesta social.

Lo anterior nos revela, en consecuencia, un imperialismo para el cual el vocablo *hegemonía* resulta inapropiado al eclipsar el peso fenomenal que en su estructura y funcionamiento detenta la violencia. Podría, quizás, argüirse que el imperialismo pudo construir un sistema hegemónico en los años de la Guerra Fría, y eso sólo en una parte del planeta: la llamada “civilización occidental” o el “mundo libre”. En esos años Estados Unidos todavía se recubría con los honores cosechados por su lucha contra el fascismo en la Segunda



© Patricio Realpe

Guerra Mundial; capitalizaba su apoyo a los procesos de descolonización (motivado por una estrategia encaminada a desangrar a sus decadentes rivales, las viejas metrópolis coloniales de Inglaterra, Francia, Portugal y Holanda); exhibía su incuestionable superioridad económica y tecnológica frente a la destrucción sufrida por sus competidores; y por último inundaba al mundo entero desde Hollywood con imágenes que proyectaban el “mundo feliz” de una sociedad satisfecha, pacífica, igualitaria y libre. Imagen que, por cierto, no se correspondía con la realidad, pero que no por ello dejaba de surtir efecto en numerosas capas y clases de la población. Los componentes de “dirección intelectual y moral” del imperialismo en aquellos años tampoco le impedían, ya en ese entonces, apelar a la violencia más descarnada a la hora de defender sus intereses: golpes de estado, asesinatos políticos, matanzas populares, invasiones y bloqueos siguieron siendo la contraparte necesaria de la hegemonía imperialista en los años cincuenta y sesenta, como lo prueba sobradamente la historia de África, Asia y América Latina⁶.

Pero en la actualidad, el imperialismo es casi exclusivamente violencia y coerción. La crisis moral de la sociedad norteamericana pareciera reiterar el destino de anteriores imperios, pero con características propias: arcos detectores de metales para impedir el ingreso de armas de fuego en las escuelas primarias; la metástasis incontrolable de la drogadicción; escándalos financieros prohijados por las máximas autoridades del país; una reacción ultramontana que declara la guerra a las teorías de Darwin; aquiescencia de la opinión pública ante las atroces violaciones a los derechos humanos en las cárceles del imperio (como Abu Ghraib y Guantánamo) y ante las reiteradas mentiras de la Casa Blanca en relación a las “armas de destrucción masiva” que supuestamente se hallaban en Irak; una democracia cuyo contenido farsesco no pasa desapercibido para nadie, al igual que la

guerra declarada contra el salario y los pobres y su contrapartida, el desvergonzado enriquecimiento de la élite económica norteamericana en donde gerentes de empresas pueden ganar millones de dólares por año y beneficiarse con generosas exenciones impositivas mientras los asalariados acceden a una parte cada vez menor del ingreso nacional.

No sorprende en consecuencia que ante un cuadro como este el imperialismo se repliegue sobre su núcleo esencialmente violento y destructivo. Por lo tanto, la palabra *hegemonía* sólo es aplicable si se la remite únicamente a la forma en que se articula la alianza de las clases dominantes a nivel mundial y el papel central y excluyente que el capitalismo norteamericano tiene en la organización del bloque burgués y el saqueo que el mismo practica, bajo su liderazgo, a escala internacional. Pero el orden económico y político mundial resultante de este predominio, y la sumisión de las clases subalternas de todo el mundo, sólo transitoriamente podrán ser mantenidos por la fuerza⁷. El imperialismo contemporáneo apela de forma creciente a dispositivos que se alejan del polo de la hegemonía –la dirección “intelectual y moral” que, según Gramsci, convertía a un sujeto social en la vanguardia civilizatoria de una sociedad– y se acercan a un extremo en el cual la dominación se mantiene cada vez más por la fuerza de que disponen los poderosos para aplastar a sus oponentes. Este “nuevo siglo americano”, para utilizar la consigna de los neoconservadores estadounidenses, asentado sobre la descomunal superioridad bélica norteamericana, podrá destruir varias veces toda forma de vida en este planeta pero fracasará inexorablemente en su intento por crear un orden internacional justo, legítimo y perdurable. La humanidad no se resigna a consentir su propio exterminio en aras de la fabulosa opulencia de una minoría.

Bibliografía

Acosta Matos, Eliades 2005 *El Apocalipsis según San George* (La Habana: Casa Editora Abril).

Amin, Samir 2003 *Más allá del Capitalismo Senil. Por un Siglo XXI no Norteamericano* (Buenos Aires: Paidós).

Boron, Atilio A. 2001 “El nuevo orden imperial y cómo desmontarlo” en Seoane, José y Taddei, Emilio (comps.) *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).

Boron, Atilio A. 2002 *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: CLACSO).

Boron, Atilio A. 2004 *Nueva Hegemonía Mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales* (Buenos Aires: CLACSO).

Cassen, Bernard 2005 “Mercantilización a espaldas de los pueblos” en *Le Monde diplomatique* (Edición Cono Sur) Año VII, N° 78.

Chesnais, François 2005a "Doze teses sobre a mundialização do capital" in Ferreira, Carla y Forti Scherer, André *O Brasil Frente à Ditadura do Capital Financeiro: reflexões e alternativas* (Lajeado: Univates).

Chesnais, François 2005b "O Capital Portador de Juros: Acumulação, Internacionalização, Efeitos Económicos e Políticos" in Chesnaix, François (comp.) *A Finança Mundializada* (São Paulo: Boitempo).

Chomsky, Noam 2003 *Hegemony or Survival. America's Quest for Global Dominance* (New York: Metropolitan Books).

Dos Santos, Theotônio 2004 *Do Terror à Esperança: Auge o Declínio do Neoliberalismo* (Brasília: Edition Ideais & Letras).

Gandáségui, Marco A. 2004 "América Latina y el Imperialismo en el Siglo XXI" en Estay Reyno, Jaime (comp.) *La Economía Mundial y América Latina. Tendencias, problemas y desafíos* (Buenos Aires: CLACSO).

Hinkelammert, Franz 2003 *El asalto al poder mundial y la violencia sagrada del imperio* (San José, Costa Rica: DEI).

Johnson, Chalmers 2004 *The Sorrows of Empire. Militarism, Secrecy and the End of the Republic* (New York: Metropolitan Books).

Kolko, Gabriel 2002 *Another Century of War?* (New York: The New Press).

Mann, Michael 2003 *Incoherent Empire* (London: Verso).

Mattelart, Armand 2005 "Batalla sobre la diversidad cultural" en *Le Monde diplomatique* (Edición Cono Sur) Año VII, N° 76.

Meiksins Wood, Ellen 2001 "Trabajo, clase y estado en el capitalismo global" en Seoane, José y Taddei, Emilio (comps.) *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).

Meiksins Wood, Ellen 2003 *Empire of Capital* (London: Verso).

Mishel, Lawrence; Bernstein, Jared and Boushey, Heather 2003 *The State of Working America, 2002-2003* (Ithaca, N.Y.: Cornell University Press).

Schott, Jeffrey 1997 Declaración ante el Subcomité de Comercio de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, 22 de julio.

Seoane, José y Taddei, Emilio (comps.) 2001 *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).

Soros, George 2004 *The Bubble of American Supremacy. Correcting the Misuse of American Power* (New York: Public Affairs).

Todd, Emmanuel 2003 *Alter the Empire* (New York: Columbia University Press).

Wallerstein, Immanuel 2003 *The Decline of American Power* (New York: The New Press).

Woods, Alan 1998 "A Manifesto for the 21st Century" (Paris) mimeo.

Notas

1 Sin entrar en una enumeración exhaustiva del tema remito al lector a los volúmenes dedicados a esta cuestión por el *Socialist Register* en español y portugués, ambos editados por CLACSO, de los años 2004 y 2005, y a la edición en lengua inglesa correspondiente al año 2006 en vías de traducción a dichas lenguas. Ver también Acosta Matos, 2005; Boron, 2004; Chomsky, 2003; Dos Santos, 2004; Gandásegui, 2004; Hinkelammert, 2003; Kolko, 2002; Mann, 2003; Meiksins Wood, 2003; Todd, 2003; Wallerstein, 2003. En Boron (2004) hay una exhaustiva revisión del tema a cargo de autores tales como Samir Amin, Perry Anderson, Noam Chomsky, Armando Hart Dávalos, Francisco de Oliveira y, por último, una intervención especial del Presidente Fidel Castro Ruz. Ver también Boron (2002). en donde se cuestionan detalladamente las erróneas concepciones desarrolladas por Michael Hardt y Antonio Negri en *Imperio*.

2 Sobre este tema de la diversidad cultural y la lucha contra el genocidio de las culturas promovido por la mercantilización universal impulsada por la OMC, el FMI y el BM, ver Mattelart (2005).

3 Existe en la web una nutrida información sobre los índices de aprobación de la gestión presidencial. Hemos tomado estos datos de <www.pollingreport.com/BushJob>.

4 Pueden consultarse en detalle dichas estadísticas en la página web de la CIA conteniendo los datos oficiales de Estados Unidos y demás países del mundo. El coeficiente oscila entre 0 y 1, donde 1 representa la máxima posible desigualdad y 0 una situación de completa igualdad distributiva.

5 Sobre esto ver Mishel et al. (2003: 309–356). Cifras más recientes se encuentran en el US Census Bureau <<http://www.census.gov>>.

6 Chomsky ha analizado brillantemente esta cuestión de la hegemonía y su significado en el marco de la política de Estados Unidos. Enraizada en la tradición mesiánica e idealista de Woodrow Wilson, aquella significa el reconocimiento de Estados Unidos como vanguardia de la historia y agente transformador del orden global que, al proceder de ese modo, perpetúa su propio dominio estableciendo una supremacía militar mantenida a perpetuidad y proyectada globalmente. Como bien lo anota Chomsky, Bush Jr. está lejos de ser una aberrante desviación de la tradición política norteamericana (Chomsky, 2003: 42-44).

7 Kolko observa, con razón, que “después de cincuenta años de intervenir en los asuntos internos de docenas de naciones [...] y participar en dos grandes guerras mundiales, los esfuerzos de Estados Unidos sólo lograron acrecentar sus propios riesgos. La inestabilidad y violencia en el mundo de hoy son mayores que nunca, y han llegado a sus propias playas. Por cualquier criterio, y sobre todo la seguridad de sus habitantes, las políticas internacionales de Estados Unidos han producido rotundos fracasos. No son ni realistas ni éticas. Su política exterior es un amasijo de confusiones y contradicciones, donde una piadosa moralidad superficial se combina con un aventurerismo cínico que ha terminado por socavar, en vez de fortalecer, la seguridad del pueblo norteamericano y por transformar al mundo en un lugar más peligroso que nunca” (Kolko, 2002: 138-139).